

LAS PROFESIONES DILEMAS DEL CONOCIMIENTO Y DEL PODER

Gabriel Gyarmati

Cólaboradores:

Juan Gómez Millas

Enrique Browne Covarrubias

Alvaro de la Barra García

Alejandro Goic Goic

Manuel Guzmán Vial

Ediciones Universidad Católica de Chile

parte de este proyecto; como también al Social Science Research Council de los Estados Unidos, el que otorgó los fondos para los estudios acerca de la competencia y el monopolio profesionales.

Tanto los que hemos participado en este proyecto como el lector debemos sentirnos agradecidos a los periodistas Fernando Bravo, Mariela Vallejos y Pía Díaz, quienes leyeron distintas partes del manuscrito y cuyas sugerencias fueron de gran utilidad para convertir el texto original, excesivamente largo y complicado, en algo que, esperamos, sea un poco más legible.

Y, por último, vaya nuestra gratitud especial a la señora Isabel Cood S., secretaria del Instituto de Sociología quien, con abnegada dedicación y paciencia, ha transcrito, copiado y corregido, una y mil veces cada uno de los capítulos, a medida que éstos se iban modificando durante el desarrollo del trabajo. Su colaboración fue esencial para que este libro pudiera, al fin, nacer vivo.

Gabriel Gyarmati
Santiago, marzo de 1984

Primera Parte

EL PROBLEMA Y SUS CIRCUNSTANCIAS

Todavía no he encontrado ningún problema, por muy complicado que fuese, que enfocado correctamente no se hubiera vuelto más complicado aún.

P. Anderson

CAPITULO 1: LA ELITE DEL CONOCIMIENTO

Los Conocimientos y la Conducción Social

Uno de los acontecimientos de mayor importancia en las sociedades contemporáneas es el surgimiento de nuevas élites cuyo peso en la dirección de los asuntos nacionales e internacionales va en constante aumento. La fuerza que tiene cada una de estas élites depende directamente del impacto creciente de los conocimientos de alto nivel en casi todo el quehacer social, y de la fusión de estos conocimientos con el poder político¹.

Desde luego, los conocimientos siempre tuvieron importancia, pero aquellos que afectaban en forma directa al desenvolvimiento de la sociedad eran relativamente simples, podían adquirirse por medio del aprendizaje práctico. Se transmitían en forma tradicional, de generación en generación, con cambios de poca monta, fáciles de asimilar. Por el contrario, los conocimientos científicos y tecnológicos que orientan el destino de las sociedades contemporáneas, se adquieren sólo tras largos años de estudios formales, de naturaleza muy compleja, en instituciones especializadas.

Al cambiar la naturaleza de los conocimientos que moldean, de un modo cada vez más decisivo, el presente y el futuro de nuestras sociedades, ha cambiado también la naturaleza de las relaciones entre el conocimiento y el poder político y social. Hasta hace unos cincuenta años, las élites económicas y políticas podían asignar una posición inferior, de consultantes ocasionales, a los que llamaban "los expertos", porque entendían a lo menos los lineamientos principales de aquellos conocimientos que parecían afectar la conducción de los asuntos públicos. Ahora, en cambio, el ámbito social, económico y político en que se reconoce que las ciencias naturales y las ciencias sociales ejercen una influencia directa y fundamental, se ha ampliado enormemente y, al

¹Es cierto que a lo largo de la historia, tanto en el Occidente como en el Oriente, las diversas castas sacerdotales, expertas en el conocimiento de los misterios, han participado muy directamente en el poder político. Pero eso era muy distinto del dominio de los conocimientos seculares, científicos y tecnológicos, que en las sociedades contemporáneas forman parte tan importante del ejercicio del poder. Por eso, en Europa Occidental a partir del Renacimiento la influencia sacerdotal ha ido disminuyendo a medida que la sociedad iba adquiriendo características crecientemente seculares.

mismo tiempo, la creciente complejidad de estas ciencias las ha puesto más allá de la comprensión de la mayoría de la gente. De esta manera, el rol de las élites dominantes ya dejó de ser la formulación y selección de soluciones sustantivas, conforme a los conocimientos que tuvieran de su operación y de sus eventuales efectos. Este rol activo ha sido reemplazado por el de la selección de los expertos, de acuerdo a la afinidad ideológica que tengan con ellos (si el experto en cuestión es de izquierda o de derecha; conservador o progresista; si se ubica en favor o en contra del proyecto promovido por algún sector social o grupo de interés). En otros términos, la élite política ya no diseña políticas porque no sabe cómo hacerlo; no posee los instrumentos intelectuales que se necesitan para ello. Su papel se reduce cada vez más a la *selección ideológica entre expertos*, carentes de responsabilidad pública, ya que, supuestamente, ellos son "tecnócratas" y no políticos.

Los resultados de esta nueva configuración de fuerzas han sido hasta ahora muy poco alentadores. Los ejemplos abundan, tanto en el nivel internacional como dentro de los diversos países: estados de guerra casi permanentes, ya sean declarados o no declarados; hambruna para muchos en medio de la abundancia para pocos²; y mientras la pobreza azota a la mayoría de la población mundial, una proporción creciente de la investigación científica y de los escasos recursos disponibles se dedican a producir medios para la destrucción masiva de vidas humanas. Hay crisis económicas y sociales cada vez más frecuentes, profundas y duraderas, en medio de las cuales los períodos de relativa prosperidad han llegado a ser meras interrupciones. Se ha retrocedido a épocas que ya se creían superadas, en que la represión era el método normal de la política —sólo que ahora la represión y su forma indirecta, la indoctrinación masiva, se hicieron más eficientes y universales, gracias a la incorporación de los más sofisticados avances científicos y tecnológicos.

En resumen, el espectáculo que nos ofrece la historia contemporánea es la creciente racionalización técnica caminando de la mano con la irracionalidad social y con las tendencias cada vez más destructivas del mundo en que vivimos. Ciertamente, el mundo nunca ha sido muy racional, en ningún período histórico, pero la época actual parece constituir una excepción en cuanto a la combinación del perfeccionamiento espectacular de los conocimientos especializados con la dramática pérdida de control de las sociedades y los individuos sobre su propio destino. La historia contemporánea parecería darle la razón a Goethe: "Lo que sabemos no nos sirve, y lo que nos podría servir no lo sabemos".

²Durante toda la historia conocida, el hambre periódica era el destino de una parte considerable de la humanidad. Pero su causa era que no se sabía cómo producir cantidades suficientes de alimentos. Esta es la primera vez que se tienen los medios técnicos para superar la escasez, y en vez de aprovechar esta posibilidad, deliberadamente se limita (e incluso se destruye) la producción, condenando a la desnutrición y hambre *evitable* a millones y millones de personas.

Para evitar que los efectos de esta curiosa combinación de la racionalidad técnica y la irracionalidad social lleguen a ser aún más devastadores, es preciso tratar de descubrir las causas de este fenómeno. Ellas están directamente relacionadas con los conocimientos de alto nivel y los grupos y sectores sociales que los poseen y los controlan. Luego, estudiar la situación social de estos sectores, su ideología, sus intereses y aspiraciones, las contradicciones que los afectan, en fin, su historia, su presente y su probable desarrollo futuro, es una tarea de primera importancia ya que de ellos dependerá, en buena medida, el devenir de la sociedad.

¿Qué es un Intelectual?

Si bien la mayoría de los autores que estudian la historia contemporánea están de acuerdo en que los sectores que dominan y controlan los conocimientos desempeñan un papel muy importante en los procesos de cambio, no existe un consenso respecto a la composición de dichos sectores. Los investigadores tienden a ubicar los grupos más diversos en una categoría única, dándoles el nombre genérico de "intelectuales". Acto seguido, se preguntan: ¿cuál es la situación de los intelectuales en relación a la estructura general de la sociedad?

Hay gran diversidad de opiniones, y muy poca claridad, a este respecto. Algunos autores plantean la existencia de una relación directa entre los intelectuales y clases sociales específicas. El sector mayoritario de ellos estaría ligado a los intereses de la clase dirigente y las clases acomodadas aliadas con ella. Los intelectuales harían las veces de una especie de vocero de dichas clases, formulando y difundiendo la ideología del status quo. Los menos —los intelectuales alienados y excluidos de la estructura de poder— se identificarían con la causa de las clases postergadas, elaborando las interpretaciones contestatarias de la realidad y las contra-ideologías que expresan y legitiman la aspiración de esas clases sociales.

Otros tratadistas consideran a los intelectuales como un sector que está en vías de convertirse en una nueva clase social, gracias al poder creciente que están adquiriendo dentro de la estructura cada vez más burocratizada de las sociedades contemporáneas. Si bien esta interpretación surge principalmente entre los estudiosos de los países socialistas, hay autores que plantean una evolución similar también dentro del sistema capitalista.

Por el contrario, algunos investigadores sostienen la tesis de que los intelectuales constituyen un sector "relativamente sin clase", caracterizado por una especie de extraterritorialidad dentro de la estructura social. Los miembros de este sector tendrían la capacidad potencial de desligarse de las limitaciones que la posición de clase impone sobre el pensamiento, gracias al tipo de educación que reciben. Tal educación los motivaría a estudiar los problemas sociales y políticos en

forma objetiva, desde muy diversos ángulos. Influiría en ello, también, la naturaleza de las actividades que generalmente desarrollan, en las que el estudio y la reflexión son elementos fundamentales.

Los autores de este planteamiento proponen que los intelectuales constituirían el sector con más posibilidades para elaborar una síntesis de los diversos enfoques y esquemas que representan los intereses y aspiraciones divergentes de las distintas clases sociales, y ofrecer soluciones racionales y equitativas para los conflictos que amenazan las sociedades contemporáneas³.

Nosotros estimamos que cada uno de estos planteamientos refleja parte de la realidad, pero en sí ninguno es capaz de explicar la situación concreta de los intelectuales dentro de los diversos tipos de estructura social y política. La experiencia histórica demuestra que los sectores que dominan los conocimientos nunca han estado en una situación de extraterritorialidad, desligados de la estructura de clases y de los intereses arraigados en ella. Ciertamente, la naturaleza de su educación y de su trabajo les da una visión amplia, menos rígidamente circunscrita por los intereses e ideologías de clase, pero es un error confundir flexibilidad con independencia. Por otro lado, con ciertas excepciones, tampoco han sido, como grupo, simplemente los voceros de una determinada clase social, dejándose absorber e identificándose sin reservas con ella. Insisten en su autonomía, aun cuando a menudo ella es muy limitada. Por último, el hecho de que determinados sectores intelectuales pertenezcan a la clase dirigente o a las élites de poder, no nos parece un argumento suficientemente sólido para afirmar que estén en vías de constituir una nueva clase dominante.

Una de las razones que podrían explicar estas interpretaciones contradictorias es que no todos los grupos que los autores aludidos definen como intelectuales tienen la misma posición dentro de la estructura social, ni tampoco tienen el mismo tipo de relaciones con los otros sectores e instituciones que conforman la sociedad. Algunos tratadistas usan el término para abarcar a todos los que pasaron por el sistema de enseñanza superior; otros entienden por intelectuales sólo a aquellos que se dedican a la creación de ideas (científicos, filósofos, literatos, etc.), a diferencia de aquellos que usan o aplican ideas básicamente elaboradas por otros (por ejemplo, los profesionales). Para ciertos autores, el calificativo de intelectual es aplicable sólo a los que, en su trabajo de creación o de uso de ideas, asumen una posición crítica frente a los sistemas sociales imperantes. Otros tratadistas, en cambio (especialmente de los países socialistas) siguen un criterio opuesto, e incorporan a este sector a los miembros más importantes de la burocracia

³Para el análisis de los diversos planteamientos véanse, entre otros, Bruce-Briggs, 1979; Brunner y Flisfisch, 1983; Brym, 1980; Djilas, 1957; Galbraith, 1967; Gouldner, 1979; Gramsci, 1971; Konrád y Szelényi, 1979; Mannheim, 1966; Parsons, 1954; Touraine, 1969; Weber (Alfred), 1950. Los detalles de las obras véanse en las Referencias Bibliográficas al final del libro.

cia pública, a cargo de la elaboración e implementación de las políticas oficiales del Estado. Dado que el mismo término se usa para describir conjuntos muy distintos de individuos, no es de sorprenderse que el análisis realizado por los diversos autores conduzca a conclusiones muy diferentes, a veces abiertamente contradictorias.

Un estudio adecuado debe distinguir entre los diversos grupos que componen este sector amplio y variado. Es un error ubicarlos en una categoría común, ya que se diferencian en aspectos muy importantes, como son su preparación, su inserción en la sociedad, su ideología, sus relaciones con otros sectores y clases sociales, su percepción de sus propios intereses y funciones, etc. Hacer afirmaciones acerca del comportamiento sociopolítico de los intelectuales como si ellos constituyesen una colectividad homogénea, no contribuye a aclarar la realidad.

Por añadidura, la posición de las diversas categorías de intelectuales dentro de la estructura social es esencialmente variable. Depende de las relaciones, particularmente las relaciones de poder, que predominan en un determinado período entre las distintas clases, grupos e instituciones de una sociedad dada. Estas relaciones son muy distintas en un sistema democrático o uno totalitario, en países industrializados capitalistas o socialistas, en países en vías de desarrollo u otros completamente subdesarrollados, etc. Es sólo en función de estas relaciones variables que es posible interpretar el ideario y la acción social y política de los distintos grupos que componen el sector intelectual.

La acción de las diversas categorías de intelectuales refleja sólo en parte los intereses y el proyecto sociopolítico de la clase con la cual ellos se identifican. En parte, refleja también sus propios intereses como un sector específico de la sociedad. En este sentido, es posible afirmar que la posición de los intelectuales se basa más en la alianza con una determinada clase social que en la integración con ella. Por muy firme que esta alianza sea, siempre será problemática debido a posibles conflictos de intereses económicos, de poder y de status social. Acontecimientos de los últimos años dan claro testimonio de este hecho.

Los Intelectuales y la Elite del Conocimiento

Para saber cuáles son las categorías en que deben subdividirse los intelectuales para su análisis, es preciso definir qué es un intelectual. Estimamos que esta calidad no depende del tipo de individuo en cuestión, sino de la naturaleza específica de su actividad principal. Ella no está definida simplemente por la cantidad o complejidad de los conocimientos que su práctica exige: hay actividades técnicas, sean indus-

⁴Todos actuamos, en ciertas circunstancias, como intelectuales, pero eso no basta para convertirnos en intelectuales propiamente tales.

triales o agrícolas, que a menudo requieren un importante volumen de conocimientos especializados y de gran complejidad (por ejemplo, un técnico en electrónica); sin embargo, nadie llamaría intelectuales a los que se dedican a tales trabajos. A la inversa, hay actividades que no requieren conocimientos más complejos, ni de mayor sofisticación científica que las arriba mencionadas, sin que, por esta razón, se cuestiona el carácter intelectual de ellas (el caso de la mayoría de los literatos, por ejemplo).

¿A qué obedece esta diferenciación que se hace en forma casi universal? Algunos autores tratan de explicarla distinguiendo entre dos tipos genéricos de actividades: la creación de ideas y el uso o aplicación de ellas. Individuos dedicados al primer tipo de labores son los científicos, los artistas, los humanistas (como también los estudiantes universitarios que se preparan para estas ocupaciones). Al segundo grupo pertenecen aquellos cuyas actividades requieren, más que nada, del uso de conocimientos ya desarrollados por otros. Dentro del primer grupo estarían ubicados los intelectuales; en el otro, el resto de la población.

Sin embargo, esta primera distinción es todavía demasiado gruesa. Hay muchos creadores de ideas que no se consideran intelectuales. Debemos establecer, por lo tanto, una distinción adicional, esta vez en el plano de la naturaleza de los conocimientos con que se trabaja. El saber humano se divide en dos grandes categorías: una relacionada con la descripción y verificación precisa de la realidad; y aquella que tiene que ver con los valores y la interpretación de la realidad a la luz de ellos. Los individuos cuyo trabajo corresponde a la primera categoría del saber son los expertos, los científicos dedicados a lograr el conocimiento cada vez más preciso de la realidad, sin emitir juicios de valor sobre ella. Un caso típico sería un químico tratando de descubrir la estructura de un determinado compuesto, o un astrónomo dedicado al estudio de la evolución de las estrellas y galaxias. Si bien ambos crean conocimientos nuevos, generalmente son considerados como hombres de un saber especializado de alto nivel más que intelectuales propiamente tales. De hecho, muchos científicos se oponen a ser calificados de intelectuales, insistiendo en la naturaleza precisa y objetiva de su trabajo. En cambio, a un filósofo, a un escritor, a un historiador, casi automáticamente se le ubica entre los intelectuales; ellos no sólo aceptan esta calificación sino que decididamente la reclaman para sí.

Otra vez, la complejidad de los conocimientos empleados no es suficiente para explicar esta diferencia de ser o no ser un "intelectual". (Quienquiera que haya tratado de estudiar algunas de las ramas de la filosofía moderna puede atestiguar que ella dista mucho de ser un asunto simple o poco preciso). Nos parece que el factor principal que distingue cualitativamente el trabajo de los intelectuales, como una forma especial de actividad, es que él está relacionado con los valores que la sociedad considera fundamentales para interpretar el presente, formular sus aspiraciones y metas para el futuro, y para orientar,

regular y evaluar la conducta de sus miembros. Es importante subrayar que el trabajo del intelectual idealmente abarca ambos aspectos del saber: lo descriptivo (el conocimiento, debidamente verificado, de la realidad tal como es) y también la interpretación de esa realidad a la luz de determinados valores. Su función es combinar estos dos aspectos en una visión integral del mundo que sirva para orientar el quehacer del individuo y de la sociedad. Esta es, de nuevo idealmente, el trabajo de los filósofos, de los grandes literatos (aun cuando estos últimos generalmente lo hacen en forma indirecta, a veces simbólica) de los científicos sociales, entre otros.

Es obvio que los intelectuales, definidos en estos términos, forman sólo un sector relativamente pequeño entre todos aquellos que controlan los conocimientos de alto nivel. La capacidad de influir en la marcha de la sociedad y eventualmente asumir un rol protagónico en los futuros cambios de ella no se limita sólo a este grupo reducido. En consecuencia, en nuestro análisis proponemos substituir este término por el concepto de "élite del conocimiento". Esta abarcará tres grandes agrupaciones: a los intelectuales, tal como los hemos definido; a los científicos; y, entre los dos, a los miembros de las profesiones.

El Sector Profesional

¿Cómo se explica esta posición intermedia, un tanto ambigua, de las profesiones? Los profesionales usan conocimientos desarrollados por otros, primordialmente por los científicos (biólogos, físicos, psicólogos, químicos, antropólogos), y sólo una pequeña minoría de ellos se dedica en forma importante a la investigación, es decir, a la creación de conocimientos nuevos, como parte esencial de su trabajo. Los demás, si bien a veces realizan investigaciones, lo hacen como una actividad anexa y subordinada a su labor principal que es la aplicación de conocimientos a la solución de problemas específicos. Luego, no pueden ser ubicados en el grupo de los científicos, pero sí en una posición que refleje su estrecho contacto con las actividades científicas.

Al establecer esta diferenciación de ninguna manera intentamos contribuir a la estéril competencia por status intelectual entre las diversas actividades. No se trata de que el científico sea "superior" al profesional o viceversa. Ambos son indispensables, y ni la ciencia ni las profesiones podrían avanzar mucho sin la más estrecha colaboración entre ellas. Pero la finalidad y la naturaleza de la actividad principal de cada uno de estos sectores son distintas; luego, su inserción en la sociedad también es distinta, y este hecho debe reflejarse en su categorización.

Los profesionales se encuentran en una situación similar frente al grupo de los intelectuales. Y eso porque la aplicación de la ciencia a la solución de problemas específicos forma sólo parte de las actividades del estamento profesional. Sin duda, ella constituye la proporción preponderante, o incluso la totalidad del quehacer cotidiano de la mayoría

de los profesionales. Pero la profesión, *como colectividad organizada*, desempeña otra función también. Así, por ejemplo, la medicina no se limita sólo a la prevención y tratamiento de las enfermedades: es ella quien define lo que constituye enfermedad y salud, y los límites entre estas dos condiciones, cosa que ya no es un problema netamente técnico sino un asunto de gran envergadura social. Entraña un conjunto de relaciones muy complejas; derechos y obligaciones entre el individuo y la sociedad y, por implicancia, una imagen del tipo de organización social que se debe tener para promover lo que se ha definido como la salud de la población. Los profesionales del derecho, a su vez, merced a sus actividades relacionadas con lo legal, moldean también lo que la sociedad define como justo y legítimo. El concepto de eficiencia técnica de los ingenieros paulatinamente se convierte en el concepto de eficiencia para la sociedad entera en sus múltiples manifestaciones, aun cuando nada tengan que ver con la ingeniería. La manera de cómo ellos definen el desarrollo influirá profundamente en la vida de todos nosotros. En fin, los ejemplos pueden multiplicarse para todas las profesiones.

Definiciones como las mencionadas tienen efectos mucho más allá de la esfera propiamente técnica de las profesiones respectivas. Llegan a condicionar nuestra existencia cotidiana; aún más, gradualmente se incorporan al "sentido común" de una determinada época. Apoyadas por el elevado prestigio social del que gozan en las sociedades contemporáneas, las profesiones ejercen una influencia preponderante sobre nuestros valores, nuestros conceptos del bien y del mal, lo que es justo o injusto, de lo que se considera un planteamiento o una aspiración razonable, normal, aceptable, o irrazonable, absurdo o ilusorio; en fin, afectan toda nuestra manera de pensar y de sentir. Constituyen así una de las fuerzas más importantes en la creación de la cultura y la formulación de *ideologías* que subyacen y legitimizan el ordenamiento de la sociedad y enmarcan el rol y el comportamiento del individuo dentro de ella. Desempeñan un papel igualmente importante en la formulación de las ideologías contestatarias, orientadas a promover una sociedad distinta de la que existe.

Pues bien, la formulación e interpretación de valores y aspiraciones y, muy especialmente, la construcción de ideologías e ideologías contestatarias, representan la esencia misma de lo que se ha definido como el trabajo específico de los intelectuales. Es por antonomasia la tarea que históricamente les ha correspondido en todas las sociedades y en todas las épocas. Los ejemplos que se han mencionado arriba demuestran que las profesiones no son ajenas a esta actividad. En ellas esta función propiamente de intelectuales es desempeñada primordialmente por el sector más relacionado con la docencia e investigación universitarias. Es en las universidades donde, como parte indispensable del trabajo académico, se definen los "modelos" profesionales: sus esferas de acción, sus doctrinas, el cuerpo de conocimientos sistemáticos en que se basa su práctica, sus postulados éticos, sus relaciones con los individuos

y con los organismos e instituciones de la sociedad global, etc. Tales modelos y problemas propiamente profesionales inevitablemente se entrelazan con los asuntos que preocupan a la sociedad en un determinado período. Además, dan origen a interpretaciones de la realidad existente y conducen a planteamientos acerca de la organización y ética sociales, las opciones viables y las aspiraciones correctas para el futuro. Los más importantes de estos planteamientos son recogidos por los respectivos organismos profesionales: éstos les dan expresión formal y, en ciertos casos, les otorgan el carácter de doctrina. En seguida, promueven y defienden, a nivel político, las conclusiones y medidas específicas que fluyen de ellos. Este es un proceso de singular importancia: por medio de él la acción combinada de las escuelas universitarias en que se enseñan las profesiones y los organismos profesionales (colegios, asociaciones, etc.) llega a constituir uno de los puentes más importantes que une los aspectos netamente intelectuales de la cultura con el orden sociopolítico y ético de la comunidad.

Debe enfatizarse al respecto que la creación cultural no se limita sólo a los descubrimientos o formulaciones originales. También es parte importante de ella la difusión de los conocimientos, de las nuevas ideas y planteamientos, junto con su conversión en lo que podríamos llamar propiedad social, en la base para la acción vital de las personas y de la comunidad. Muchos pensadores sostienen que lograr que la masa de la población sea capaz de pensar en forma coherente sobre el mundo en que vive es un evento filosófico de por lo menos tanta importancia como el descubrimiento, por parte de algún filósofo, de alguna verdad que luego permanece la propiedad exclusiva de un reducido grupo de intelectuales. Las profesiones desempeñan un rol central en este proceso de difusión.

La creciente importancia de la élite del conocimiento dentro de la estructura de poder de la sociedad no necesariamente presagia un mundo más racional y humano. Puede llevar al enseñoramiento de una burocracia técnica, dirigida por expertos de alto nivel científico y profesional en alianza con sectores minoritarios, sean de la Izquierda o de la Derecha, que manejan la sociedad para fines a menudo poco claros y cuestionables. Tales tecno-burocracias pueden ser aún más represivas y proclives a la explotación de las grandes masas de la sociedad que las élites de poder anteriores. Contra las posibilidades frías y deshumanizantes de un mundo organizado sobre la base de la eficiencia técnica como único criterio, el humanismo tendrá que seguir luchando en el futuro, tal como tuvo que hacerlo en contra de las diversas formas de explotación y subyugación del pasado y del presente.

Las profesiones, debido a que ocupan una posición intermedia entre el estamento científico y el de los intelectuales, abarcando funciones de importancia de ambos como parte de su quehacer, desempeñan un rol especial en esta lucha. Como colectividades, representan la fuerza organizada más importante, tal vez la única con gravitación política y social, con que cuentan los diversos sectores de la élite del conocien-

to, especialmente en los países poco desarrollados⁵. Sin duda, son ellas las que mayores posibilidades tienen de ejercer influencia seria en los asuntos públicos. La pregunta es: ¿Cuál será el rol que van a asumir? ¿Hacia dónde se inclinarán en los procesos de cambio (o estancamiento) social?

Interrogantes

La respuesta a esas preguntas no es muy clara. En efecto, la imagen de abnegación y de servicio de las profesiones, por largo tiempo aceptada por la opinión pública, actualmente se está empañando cada vez más. Después de casi dos siglos de crecimiento ininterrumpido de su prestigio, se está generando una palpable desilusión con el desempeño de ellas. Este fenómeno es mundial, y va aflorando, con creciente intensidad, en todos los países. ¿A qué obedece este cuestionamiento y crisis de confianza que les afecta?

La crítica principal se centra en el hecho de que los progresos técnicos, a veces espectaculares, que ellas exhiben con justificado orgullo, pocas veces se traducen en avances sociales verdaderos, en la satisfacción de las necesidades básicas de las grandes masas de la población. Tanto es así que últimamente se ha llegado incluso a plantear la interrogante de si las profesiones, en sus actuales formas de organización y práctica, ayudan o más bien tienden a retardar el progreso social, cultural y económico de las comunidades en que ellas se encuentran insertas.

Siendo las universidades la principal institución donde se preparan los profesionales que deberán ofrecer los servicios que la comunidad necesita, este cuestionamiento también les alcanza a ellas. Se pregunta ¿En qué medida son ellas responsables de la situación por la cual se critica a las profesiones? ¿Hasta qué punto los problemas que afectan a éstas no son sino el reflejo de los problemas generales de la enseñanza superior y, por extensión, del sistema educativo en general?

Existe un gran número de estudios⁶ que trata de interpretar el rol de las profesiones dentro de la sociedad y de encontrar una explicación a los problemas que ellas plantean. Sin embargo, los razonamientos que presentan son trancos, y sus explicaciones explican poco. Si bien muchos contienen enfoques y planteamientos de gran interés, dejan sin contestar preguntas fundamentales acerca de las relaciones entre las profesiones y la sociedad global. Ahora bien, cuando a pesar de tantas investigaciones empíricas y análisis conceptuales quedan problemas

⁵Las bases del poder social y público de las profesiones, y los medios con que cuentan para su ejercicio, se discutirán en detalle en las Tercera y Cuarta Partes del libro.

⁶La mayoría de estos estudios se han realizado en los Estados Unidos, Inglaterra y Francia. Véase la bibliografía al final del libro.

de importancia que tercamente se niegan a ser aclarados, surge la sospecha de que las respuestas no se encuentran porque las preguntas no han sido bien formuladas. Creemos que en el caso de las profesiones esto es lo que ocurre.

El Contexto General

El análisis de estos estudios y la comparación de ellos con la realidad observable nos llevó a la conclusión de que la manera convencional de enfocar y analizar las profesiones no es adecuada para entender el verdadero rol que ellas desempeñan en la sociedad. Ese rol es mucho más complejo de lo que comúnmente se supone y tiene numerosos aspectos importantes que el enfoque convencional no toma en cuenta. Por lo tanto, la primera tarea a la cual debemos abocarnos consiste en reformular el concepto de lo que es una profesión y de su manera de insertarse en la sociedad contemporánea. Para este efecto, ubicaremos el problema en *el proceso general de la creación, el control y la aplicación de los conocimientos en la sociedad*. En este proceso las profesiones desempeñan un papel importantísimo, en estrecha vinculación con el sistema de enseñanza superior.

El conocimiento es un factor fundamental que condiciona tanto a la organización existente de la sociedad como a los cambios, sean graduales o violentos, que se operan en su seno. En su creación, control y aplicación, las profesiones constituyen sólo uno de los elementos dentro de la estructura institucional de la sociedad. De una manera u otra, todas las instituciones económicas, culturales y políticas participan en este proceso, influyendo en él y recibiendo sus efectos. Luego, lo que las profesiones son y el rol que ellas desempeñan en la sociedad dependen de la interacción mutua entre todas estas instituciones.

Para iniciar nuestro análisis debemos aclarar, antes que nada, qué es realmente una profesión. No es lo que comúnmente se cree. En esto radica gran parte del problema.

Lo que Es, Lo que Será, y Lo que Podría Ser

La teoría de una institución —trátese de las profesiones, del sistema de enseñanza superior, del Estado, etc.— debe ser capaz de explicar la evolución histórica de ella, su funcionamiento actual y, en lo posible, arrojar algo de luz sobre su futuro desarrollo. Muchos tratadistas hacen una separación tajante entre el análisis de los “hechos”, es decir, del pasado y del presente, y la especulación acerca del futuro. Nosotros estimamos que es importante superar esta brecha.

Pasar del estudio del presente (o del pasado) al análisis del futuro entraña un cambio de énfasis: de la descripción a la especulación. Pero la diferencia entre estos dos estilos de analizar la realidad no es tan absoluta como suele pensarse. No se trata de una dicotomía entre hechos objetivos y la mera imaginación subjetiva. Sabemos que hasta en el análisis científicamente más riguroso de lo que parecen ser los hechos, inevitablemente entran elementos de naturaleza especulativa. A su vez, la exploración de posibles desenvolvimientos futuros puede basarse en premisas sólidamente fundadas en la realidad existente.

Dos grandes pensadores, dedicados a disciplinas muy distintas, recalcaron esta confluencia de la descripción y la interpretación. Werner Heisenberg, ganador del Premio Nobel de Física, insistió en que “la física no consiste en eventos, sino en observaciones”. La cuestión es: ¿qué cosas observamos? Todo fenómeno, sea físico o social, tiene literalmente una infinidad de aspectos. De esta infinidad escogemos sólo unos pocos para su observación y descripción. ¿Por qué esos y no otros? Porque, de acuerdo a una imagen que tenemos del universo, estimamos que tales aspectos son los que realmente importan, los que son “significativos”, mientras que a los demás los consideramos secundarios o poco importantes. Esta selección es *previa* a la observación misma; es el resultado de nuestra *interpretación* del universo, en cuanto a lo que es significativo y lo que no lo es. De este modo, en forma indirecta Heisenberg reafirma lo planteado por el filósofo alemán Federico Nietzsche: “No existen hechos, existen sólo interpretaciones”.

Hay otro problema adicional. Se supone que la función de la ciencia consiste en describir y explicar fenómenos y procesos cuya existencia y naturaleza pueden comprobarse empíricamente. Es decir, formular teorías *explicativas* de lo que existe o ha existido. Todavía se pisa terreno relativamente firme al desarrollar teorías *prospectivas*, es de-

cir, cuando se explora hacia dónde llevarán los procesos actualmente en operación, prolongando o extrapolando las tendencias que en ese momento predominan hacia el futuro. Pero ¿qué pasa si se procede más allá de la extrapolación de tendencias objetivamente medidas, y se elaboran esquemas para cambiar el curso de ellas? ¿Existe la posibilidad de tratar en forma científica no sólo lo que es y lo que probablemente va a pasar, sino también lo que *podría* o *debería* pasar, cambiando las tendencias actuales? ¿Es aceptable, desde el punto de vista científico, introducir en el análisis el concepto de *debe ser*, es decir, asumir posiciones éticas e ideológicas? En otros términos, ¿puede haber teorías *prescriptivas* o *normativas* que, al mismo tiempo, sean científicas y no meros planteamientos utópicos o la expresión de las preferencias y opiniones personales del autor?

Interpretación y Demostración

Este libro está organizado en torno a la tesis de que tales teorías pueden existir¹. El desarrollo de ellas se hará en tres fases principales:

1) Un análisis crítico de lo que llamaremos la “visión convencional” de las profesiones. Se mostrará que muchas de las ideas que comúnmente se tiene de las profesiones encierran una considerable dosis de mistificación, lo que impide comprender claramente la naturaleza de ellas y su papel en la sociedad. Es posible que en esta parte del libro (Capítulos 3 a 7) el lector encuentre que el tono del análisis es muy escéptico y crítico. Ello no es intencional; es imposible evitarlo cuando se desmistifica un determinado fenómeno con miras a llegar a la realidad descarnada detrás de las apariencias. El escepticismo no está dirigido hacia las profesiones, sino a la imagen distorsionada de ellas.

El tono crítico se deberá, en parte, también al hecho de que en los capítulos correspondientes a esta fase el análisis se centra en los aspectos problemáticos de las profesiones, en las contradicciones que presentan su enseñanza, su ideología y su práctica y que constituyen importantes escollos para el desempeño eficiente de sus funciones sociales. Las grandes virtudes de las profesiones, sus “riquezas” en el ámbito intelectual y social, se incorporarán más adelante al análisis, al estudiar las opciones que se les presentan para su evolución futura.

2) A la luz del examen recién descrito formularemos nuestra propia interpretación de lo que son las profesiones, sus principales características y el papel que desempeñan en la sociedad. Demostraremos que para entenderlas es preciso que se les enfoque en su relación con la enseñanza superior. Esta última, junto con las profesiones, forman un sistema único, estrechamente integrado. Lo llamaremos “el sistema profesional”.

¹Una discusión conceptual del problema se halla en los Capítulos 26: “La Dialéctica del Futuro”, y 33: “La Equidad Como Meta Profesional”.

3) Finalmente, haremos un análisis del desenvolvimiento futuro del sistema profesional. Como elemento dominante de la élite del conocimiento, dicho sistema tiene una relación de causa y efecto con el resto de la sociedad. Es afectado por la dinámica de la sociedad global y, al mismo tiempo, ejerce una poderosa influencia en el devenir de ella. Por esta razón, el análisis de las profesiones, y de la élite del conocimiento en general, debe realizarse *como parte de una teoría general de la sociedad*.

Conviene decir algunas palabras acerca de la manera de presentar nuestras ideas. La relación compleja entre hechos e interpretaciones influye decisivamente en el estilo de la argumentación. No intentamos *probar* la validez de nuestros planteamientos y conclusiones, tratando de forzar intelectualmente al lector a aceptarlos. Nos limitamos a ofrecer *posibles* explicaciones de los fenómenos que estamos estudiando. Por esta razón, los casos concretos que citamos tienen la naturaleza de ilustraciones, elementos para apoyar la tesis que presentamos, sin constituir pruebas concluyentes. Por medio de la coherencia de nuestros argumentos y los ejemplos con que los ilustramos, invitamos al lector a decidir si nuestras explicaciones de la realidad presente e interpretaciones del futuro le parecen adecuadas o no.

Nosotros concebimos el conocimiento como el resultado de una creación colectiva que se realiza a través de la interacción permanente entre las formulaciones teóricas y la praxis social en que dichas formulaciones encuentran su aplicación. Para que el conocimiento refleje adecuadamente la realidad, en su creación deben participar no sólo los intelectuales, científicos y profesionales, sino también las grandes masas de la población que sufren los efectos de las ideas elaboradas y aplicadas por estas élites. En consecuencia, los planteamientos que se presentarán constituyen sólo unos pocos de los elementos que integran este proceso continuo de aprendizaje, ajuste y reformulación. No son soluciones; son apenas unas primeras aproximaciones. Se puede aplicar a ellas las palabras con que el escritor Herman Melville se refirió a su obra *Moby Dick*: "Que Dios me ampare de considerar completa cualquier cosa. Todo este libro no es más que un borrador —ni eso— sino el borrador de un borrador".

Segunda Parte

¿QUE ES UNA PROFESION?

*Si las cosas fueran como parecen ser,
la ciencia no haría falta. En rigor,
no existe sino sólo la ciencia de lo oculto.*

Werner Heisenberg
Premio Nobel de Física

CAPITULO 3: PROFESION - UN CONCEPTO AMBIGUO

Tal vez el problema más difícil que se asocia con el estudio de las profesiones es el de la definición. Todos "sabemos" lo que es una profesión; sin embargo, los que estudian este asunto rápidamente advierten que es mucho más simple hablar de ellas que definirlas.

Problemas de Definición

Ocurre que el término "profesión", tal como éste comúnmente se emplea, no refleja un concepto único; es una palabra a la cual se atribuyen múltiples significados. Según uno de los tratadistas más connotados, "una lista exhaustiva de las ocupaciones que han reclamado para sí status profesional, probablemente comprendería un centenar. El término se usa con mucha soltura en el lenguaje cotidiano. Se podría afirmar que la mayoría de los adultos está de acuerdo con aplicar el rótulo de 'profesión' a unas cuarenta o más ocupaciones de terno y corbata" (Goode, 1969).

Esta variedad, por no decir confusión, no está limitada sólo al lenguaje popular. Según el investigador Ben-David (1966) "no existen definiciones inequívocas de las profesiones; existe sólo un conjunto de características que se encuentran presentes, en diferentes grados, en un número creciente de ocupaciones... Por lo tanto, tomaremos como índice las estadísticas relativas a los egresados de la enseñanza superior, ya que esta última constituye el elemento más importante de la profesionalización". Esta, más que una definición, es una evasión; lo único que logra es poner en evidencia el hecho de que el problema quedó sin resolver. En efecto, casi todos los autores insisten, por razones que más adelante se van a analizar, en que la mera educación superior no basta para que la ocupación sea considerada como profesión. Ella es una condición necesaria, pero no suficiente. Con la creciente modernización y tecnificación de la sociedad cada vez van quedando menos ocupaciones de terno y corbata que no requieran de alguna preparación post-secundaria e incluso universitaria, especialmente en los países industrializados. Aplicando el criterio empleado por Ben-David, las profesiones dentro de poco sumarán no cuarenta y tantas como lo estima Goode, sino que probablemente sobrepasarían las cien.

Por añadidura, la mera enseñanza superior como criterio no permite distinguir entre ciencia y profesión. Además de las diferencias ya

enunciadas en el Capítulo: "La Elite del Conocimiento", hay también importantes disposiciones legales que obligan a ubicar estos dos tipos de carreras en categorías aparte. La práctica de las ciencias es legalmente libre, restringida sólo por los recursos materiales e institucionales a los que el individuo tiene acceso para realizar investigación y docencia. Así, por ejemplo, todo el que quiera puede dedicarse a la astronomía, las matemáticas, la biología, etc., a enseñarla y a publicar los resultados de su trabajo. A diferencia de esto, la práctica de las profesiones más importantes (medicina, arquitectura, derecho, etc.) está estrictamente reglamentada por leyes y decretos especiales, y la infracción de ellos es sancionada, a veces en forma muy drástica¹.

Uno podría preguntarse ¿por qué es tan importante tener una definición precisa? ¿No daría, acaso, lo mismo si designamos cinco, o cincuenta, o quinientas ocupaciones con el término de profesión? Desde luego, el problema no reside en el número en sí. Sin una definición, que cuente con un conjunto de características relativamente claras y precisas, nunca se sabría de qué se está hablando. A veces se aplica el término "profesional" a individuos que reciben un ingreso por llevar a cabo determinada tarea o actividad. Hablamos, por ejemplo, de futbolistas profesionales para señalar que son remunerados por practicar este deporte, en vez de hacerlo sólo como recreación en su tiempo libre, vale decir, como aficionados. En este sentido, todos los que desarrollan una actividad rentada para ganarse la vida serían profesionales, y el término perdería toda su utilidad para distinguir entre los diversos tipos de ocupaciones. Sabemos que jugar profesionalmente al fútbol, arreglar calefactores, sembrar y cosechar trigo, es muy diferente de practicar medicina o arquitectura. Pero, ¿en qué consiste con exactitud esta diferencia? Parece simple: en los conocimientos formales que hay que tener para desarrollar estas actividades. Un profesional posee un caudal mayor de conocimientos y también algún título formal o grado académico para probar que así es. Pero un contador, un bibliotecólogo, un tecnólogo dental o un profesor secundario también tiene conocimientos especializados, a menudo impartidos en la universidad, con sus títulos y diplomas respectivos. Sin embargo, no tienen el mismo rango o status profesional que un ingeniero o un abogado. En los países de habla inglesa incluso designan estas ocupaciones con un nombre distinto. Se habla de "semi-profesiones" y de "para-profesiones", a diferencia de las profesiones "verdaderas". Se supone que los que pertenecen a estas últimas poseen una gama más amplia y compleja de conocimientos. Pero, ¿cuánto más amplia? ¿Cuál es la pauta? Incluso entre las carreras que ofrecen las universidades hay algunas que duran dos años, otras cinco, otras seis o siete. ¿Dónde se hace el corte y de acuerdo a qué criterios?

¹Ciertamente, hay casos intermedios en que esta diferencia no es tan tajante. Por ejemplo, la psicología, o la economía, por un lado tienen las características de una ciencia y, por el otro, las de una profesión aplicada. Sobre este punto volveremos en el Capítulo 11, al analizar los diversos aspectos del monopolio profesional.

Se podría argumentar que estas distinciones entre ocupación común, para-profesión y profesión verdadera son, en último término, sólo de palabras; juegos semánticos que sirven para otorgar mayor prestigio y status social a algunas ocupaciones. Hay algo de verdad en esto. Pero es sólo parte de la verdad, porque las definiciones tienen consecuencias. La realidad objetiva y los términos en que dicha realidad se define y describe se condicionan mutuamente. Las ocupaciones que son definidas como profesiones adquieren una posición especial dentro de la sociedad. Se les otorga ciertos privilegios y derechos, a veces respaldados por disposiciones legales, que se niega a otras ocupaciones. Algunas de ellas logran convertirse en organismos de gran influencia y poder. Hay casos en que el mismo Estado les delega determinadas responsabilidades de decisiones y control, por lo cual en ciertas áreas asumen, directa o indirectamente, funciones prácticamente para-estatales². Es obvio que no todas las ocupaciones que comúnmente se conocen como profesiones gozan de tales prerrogativas; sólo un grupo reducido de ellas. Cuando en el capítulo precedente hemos ubicado a las profesiones en una posición intermedia entre el estamento intelectual y el científico —constituyendo la punta de lanza de la élite del conocimiento en el

²Algunos ejemplos: De acuerdo al dictamen 36.611, 6 de julio de 1957, de la Contraloría General de la República, "El Colegio de Abogados, el Colegio Médico y otros análogos, reconocidos por la ley y dotados por el legislador de ciertas finalidades de orden público, constituyen personas jurídicas de derecho público, cuyas resoluciones deben ser acatadas y cumplidas, en su caso, por las autoridades administrativas". Esto se reafirma por el dictamen 57.996, de 1958, en que refiriéndose al Colegio Médico se establece que "la autoridad militar debe acatar la resolución de esta entidad pública, dotada por la ley de potestad suficiente" (Argandoña, 1979).

Del mismo tenor es la Resolución N° 6, evacuada por la Comisión Resolutiva de la Defensa de la Libre Competencia (23 de octubre de 1974). Dice: "La facultad que tienen los Colegios Profesionales (para fijar los aranceles mínimos a que deben ceñirse los profesionales asociados) es una facultad normativa de *poder público* y que les ha sido expresamente reconocida por el legislador en sus respectivas leyes orgánicas, consecuentes con la calidad de verdaderos servicios públicos que la doctrina en definitiva les ha reconocido" (inciso 18), agregando en el inciso siguiente (19) "que en tal virtud (la fijación de aranceles mínimos) no es el producto de un acuerdo *entre particulares*, con miras monopólicas, sino la actualización de un *poder público que posee una entidad (la profesión) que tiene carácter para-estatal*". El hecho de que pocos años después todas estas disposiciones hayan sido derogadas (Decreto Ley 3.621 del 3 de febrero de 1981, que "Fija Normas Sobre Colegios Profesionales") señala claramente que la posición de las profesiones dentro de la sociedad es un reflejo de la estructura política imperante.

En los Estados Unidos, en un importante trabajo sobre este asunto, preparado por el Cuerpo de Redactores del *Yale Law Journal* (1954) de la Escuela de Derecho de la Universidad de Yale, una de las conclusiones del análisis legal señala: "Como consecuencia de su posición de monopolio y de su poder político, la medicina organizada tiene un status casi de legislador en asuntos médicos... De esta manera, la autoridad política del Estado ha sido, de hecho, delegada a la profesión médica". Los trabajos de Garceau (1941), Vollmer y Mills (1966) y muchos otros, confirman esta conclusión.

terreno político y social— nos hemos referido a este grupo, a las profesiones “verdaderas”.

Tres Enfoques

Como primer paso, debemos establecer cuáles son estas profesiones “verdaderas”. Para ello tendremos que encontrar las características que las distinguan con claridad del resto de las ocupaciones.

Actualmente predominan tres enfoques en el estudio sistemático de las profesiones. Ellos son:

1) Aquel que intenta identificar y definir las características que supuestamente son inherentes a las profesiones y que las distinguen en forma relativamente precisa de las ocupaciones no profesionales. La mayoría de los autores que siguen este enfoque no se limitan simplemente a enumerar una lista de características sino que, dando un paso adicional, afirma que ellas constituyen una respuesta a las necesidades de la sociedad y son las más adecuadas para que las profesiones puedan satisfacer dichas necesidades en forma eficiente.

2) Un segundo grupo de tratadistas rechaza la dicotomía de profesional-no profesional. Según su enfoque, las diversas ocupaciones exhiben grados variables de profesionalización; algunas son más profesionales, otras menos, en relación a un “tipo ideal”, sin que exista una separación tajante entre ellas.

3) Finalmente, hay investigadores que interpretan la evolución y el funcionamiento de las profesiones, y explican la existencia de sus principales rasgos, sobre la base de las relaciones de poder que existen entre ellas y los otros sectores e instituciones de la sociedad.

A continuación haremos un breve examen de estos enfoques. Para ello someteremos a un análisis crítico los planteamientos de los autores que mejor representan a cada una de las tres tendencias³. Se ha escogido este método no por el dudoso placer de polemizar con otros autores, sino porque el progreso de las ciencias sociales (o de cualquiera otra ciencia) requiere edificar sobre lo ya realizado, en vez de partir de tabla rasa cada vez que se quiera plantear una idea o enfoque nuevo, lo que sólo conduciría a la dispersión y esterilidad de los esfuerzos.

³La mayor parte de los autores son de lengua inglesa ya que es en Inglaterra y en los Estados Unidos donde el estudio sistemático de las profesiones ha alcanzado su principal desarrollo. El número de referencias, sin duda, podría ampliarse mucho más, pero hemos estimado suficiente comentar sólo los trabajos que más sobresalen por la originalidad de las ideas y la claridad de sus planteamientos, de modo que ellos epitomizan, en cierta manera, los pensamientos, a veces más fragmentarios, expuestos en muchos otros estudios.

CAPITULO 4: EL ENFOQUE TRADICIONAL

Lo que hemos definido como el enfoque de las características inherentes ha predominado ampliamente hasta ahora. Refleja lo que el hombre de la calle, y también el legislador, entienden por profesión. Asimismo, la mayor parte de los estudios sistemáticos, tácita o explícitamente, se basan en él. Por esta razón lo llamamos el enfoque convencional o tradicional.

Las Características Inherentes

Entre los autores que más han contribuido a formular, dentro de este enfoque, una definición sistemática de lo que es una profesión, deben destacarse Carr-Saunders y Wilson (1964)^{1a}, Goode (1957, 1960, 1969)^{1b}, Greenwood (1957)^{1c}, Gross (1958)^{1d}, Hall (1967)^{1e}, Jencks y Riesman (1968)^{1f} y Vollmer y Mills (1966)^{1g}.

^{1a}1) Estudios y preparación intelectual especializados; 2) código de ética; 3) métodos formales de reclutamiento; 4) establecimiento de instituciones formales para transmitir los conocimientos específicos de la ocupación; 5) el desarrollo de organizaciones sociales que se convierten en instituciones autónomas, de gobierno propio e independiente.

^{1b}Rasgos generadores o centrales (“core or generating traits”): 1) prolongada preparación especializada en conocimientos abstractos; 2) orientación de servicio, o hacia la colectividad. Rasgos derivados (“derivative traits”): 1) la profesión determina sus propias normas de estudios y de preparación, que son de mayor profundidad y amplitud que en otras ocupaciones; 2) la práctica profesional es casi siempre legalmente reglamentada, y los organismos de admisión y de certificación son dirigidos por miembros de la misma profesión; 3) la profesión misma formula la mayor parte de la legislación relativa a ella; 4) la ocupación experimenta un aumento en renta, en poder y en prestigio; 5) la profesión se ejerce en forma relativamente libre de evaluación y control externos; 6) la identificación que sienten los miembros con su profesión es más fuerte que en el caso de otras ocupaciones; 7) es más probable que la profesión sea una ocupación definitiva, terminal.

^{1c}1) Una base de teoría sistemática; 2) autoridad del grupo profesional reconocida por la clientela; 3) amplia aprobación y legitimización de esta autoridad por parte de la comunidad; 4) un código de ética que regula las relaciones del profesional con sus clientes y sus colegas; 5) una cultura profesional respaldada por asociaciones profesionales formales.

^{1d}1) Producto o servicio no estandarizado; 2) sentimiento de compromiso personal; 3) conocimiento amplio de una técnica especializada; 4) sentido de obligación

(sigue en página 38)

Lo primero que llama la atención es la gran disparidad de criterios que usan estos tratadistas para formular sus definiciones. Este solo hecho ya deberá despertar sospechas acerca de la claridad con que el problema está enfocado². Una síntesis de los principales planteamientos de cada uno arroja el siguiente conjunto de características definitivas de las profesiones:

—Tales actividades son esenciales para asegurar la vida y el bienestar de los miembros de la sociedad;

—Ponen énfasis sobre el servicio rendido, o "espíritu de servicio". El profesional antepone los intereses de sus clientes a toda otra consideración;

—Son regidas por códigos de ética en que se establecen las normas que deben seguir los miembros de la profesión en el desempeño de sus actividades;

—Requieren de un largo período de estudios altamente especializados que se basan fundamentalmente en un conjunto sistemático de

hacia la profesión de uno; 5) sentido de identificación con el grupo; 6) importancia para la sociedad del servicio ofrecido por la profesión.

¹Atributos estructurales (basados en Wilensky, 1964): 1) creación de una ocupación de tiempo completo; 2) la creación de escuelas especializadas; 3) formación de asociaciones profesionales; 4) la formalización de un código ético. Se plantea, también, que estas características forman una secuencia de etapas por las que deben pasar las ocupaciones para convertirse en profesión. (Para una secuencia algo diferente, véase Caplow, 1954). Atributos de actitud: 1) el uso de la organización profesional como un importante grupo de referencia; 2) creencia en el servicio para el público; 3) creencia en la autorreglamentación; 4) el sentido de vocación; 5) autonomía.

¹¹Contrariamente a lo que hace mucha gente, nosotros no consideramos una ocupación como una profesión simplemente porque requiere preparación avanzada o conocimiento experto". Ellos usan el término sólo si la ocupación cumple con las siguientes características: 1) orientación hacia los colegas más que hacia el cliente, vale decir, el profesional está menos interesado en la opinión de los legos (sus clientes) que en la de sus colegas; 2) los profesionales se reservan el derecho exclusivo de señalar y juzgar los errores de sus colegas; 3) el establecimiento de una clara línea divisoria entre profesionales y los que no lo son, separación basada en el poder del Estado mediante el otorgamiento de licencias; 4) un proceso de certificación que permite a la profesión misma tener la palabra decisiva acerca de quién se admite y quién no al ejercicio de la ocupación; 5) control completo sobre el entrenamiento profesional formal, convirtiéndolo en prerrequisito para el licenciamiento.

¹²1) Adquisición de una técnica especializada, basada en un conjunto de teorías; 2) desarrollo de una carrera, respaldada por una asociación de colegas; 3) reconocimiento del status profesional por la comunidad.

²Uno de los autores señalados advierte dicha disparidad de criterios, aunque trata de restarle importancia: "Si se extraen de las definiciones más comúnmente citadas todos los ítem que caracterizan una profesión, se revela una plausible unanimidad; no hay contradicciones y las diferencias existentes son sólo de omisiones" (Goode, 1960). Esto, desde luego, es una falacia; omitir factores (que pueden ser claves) o enfatizar uno en vez de algún otro puede cambiar sustancialmente una definición.

conocimientos teóricos. Esta preparación se obtiene en universidades u otras instituciones de enseñanza superior;

—Tienen derecho exclusivo, o monopolio, de ofrecer servicios en determinadas esferas de actividades;

—Son autónomas. Las profesiones tienen el derecho de fijar sus propios objetivos, de organizar sus actividades y regirse por medio de reglas propias, formuladas por los miembros de la profesión respectiva. También insisten en la autonomía de cada profesional;

—Tienen una cultura propia —los valores, normas, símbolos y lenguaje característicos de cada profesión— que si bien está inserta en la cultura amplia de la comunidad nacional, constituye una especie de enclave o "subcultura" dentro de ella. Este hecho produce un alto grado de identificación del individuo con su profesión, junto con un fuerte sentido de solidaridad con los miembros de ella;

—Gozan de elevado prestigio, superior al de la mayoría de las otras ocupaciones;

—Obtienen remuneración relativamente buena en relación a lo normal para otras ocupaciones no profesionales, a menudo en combinación con un régimen especial de honorarios, asignaciones, condiciones de trabajo, etc.

Estas son las características que, de acuerdo al enfoque tradicional, son inherentes a las profesiones, las definen y permiten distinguirlas de las ocupaciones que no tienen esa calidad. Sin embargo, se sabe que no todos los profesionales exhiben un marcado espíritu de servicio y que las normas especificadas en los códigos de ética a menudo no se respetan cabalmente. La autonomía, o el monopolio dentro de una determinada esfera de competencia, en muchos casos, se hallan severamente restringidos. Hay también profesiones, algunas de gran prestigio, consideradas por sus propios miembros como un "arte" más que como una ciencia, y cuya práctica se basa primordialmente en la experiencia acumulada y no tanto en un conjunto sistemático de conocimientos teóricos.

El Tipo Ideal

A la luz de estos hechos, algunos autores han propuesto reemplazar el concepto de profesión por el de "grado de profesionalización". Según este enfoque: "todas las características usadas en definir lo que es una 'profesión' deben ser consideradas como variables, formando un eje a lo largo del cual puede desplazarse una ocupación dada. En vez de la dicotomía: profesión, por un lado, y ocupación no profesional, por el otro, usamos la variable 'profesionalismo' y podemos preguntar: ¿cuán lejos se ha movido una ocupación en el sentido de aumentar o disminuir su grado de profesionalismo?" (Goode, 1961)³.

³Lo mismo sugiere Greenwood (1957).

Desde este ángulo, el conjunto de características no representaría la descripción de la realidad concreta, sino que configuraría el "tipo ideal" de una profesión. ¿Qué significa esto? El tipo ideal es un recurso metodológico frecuentemente usado en las ciencias sociales para facilitar la comprensión de fenómenos de gran complejidad y diversidad. Se procede por aislar, en el fenómeno que se estudia, las características y elementos que le son comunes y que se estiman cruciales, en el sentido de que separan la cosa estudiada de todas las otras cosas. Estos elementos inicialmente se identifican gracias a la observación de la realidad empírica; luego se aíslan y se presentan en forma abstracta, diríase en un estado puro. El conjunto de ellos constituye el tipo ideal del fenómeno en cuestión⁴.

Las características que se han enumerado en las páginas anteriores constituirían, por lo tanto, el tipo ideal de una profesión. Es la pauta en término de la cual se puede comparar entre sí las diversas ocupaciones y establecer cuál está más profesionalizada y cuál lo está menos.

En la práctica, las diversas características que configuran el tipo ideal casi nunca varían en la misma forma simultáneamente. Alguna ocupación podrá tener, en un cierto periodo, un ingreso medio relativamente alto, pero sin gozar de gran prestigio. Otra exigirá un largo periodo de estudios especializados, pero tal vez tendrá poca autonomía, o el ingreso medio de los que la practican será relativamente bajo. Habrá, finalmente, ocupaciones que no exhibirán casi ninguna de las características enumeradas en una medida significativa; su grado de profesionalización será poco o nulo. Luego, más que referirse a una determinada posición sobre algún eje único, conviene pensar en términos de "perfiles de profesionalización" (Gyarmati, 1971), en que se visualiza individualmente a cada una de las características de una profesión desplazándose sobre un eje independiente. La combinación de los puntos en que se ubica cada característica en un momento dado de la evolución histórica de la ocupación constituye su "perfil", y éste no necesariamente es más profesional o menos profesional que el de alguna otra ocupación: puede ser sólo diferente. Por ejemplo, ¿cuál ocupación sería más profesional: la que requiera mayores conocimientos teóricos, la que exhiba más espíritu de servicio, o aquella que goce de mayor autonomía? Esta ausencia de una covariación de las distintas características hace aún más difícil fijar criterios claros de separación entre los distintos tipos de ocupaciones.

¿Cuál es el problema principal en esta tentativa de reemplazar el

⁴Es preciso tener muy claro que el término *ideal* no tiene en este caso ninguna connotación valórica. Se trata, simplemente, de un método para facilitar estudios comparativos, sin pronunciarse acerca de la bondad o maldad del fenómeno que se analiza. Así, por ejemplo, el tipo ideal de un criminal reflejaría una personalidad bastante peor que la de un delincuente de carne y hueso que, además de sus características negativas, seguramente tendrá también numerosos rasgos muy humanos, "contaminando" su criminalidad.

concepto de profesión con el de grado de profesionalización? Es el hecho de que *existen* diferencias entre las profesiones y las ocupaciones que no lo son, como también hay diferencias de importancia entre distintos niveles de profesiones. Estas diferencias son reconocidas tanto por el hombre de la calle como por la legislación de muchos países⁵. Tanto es así, que los mismos autores que proponen este enfoque en seguida proceden a establecer las más variadas subdivisiones entre profesiones "establecidas", semi-profesiones, para-profesiones, profesiones marginales, profesiones nuevas, profesiones dudosas, etc., sin mencionar todas las demás ocupaciones que no caben en ninguna de estas categorías⁶. Estas divisiones, si bien obedecen más al juicio (o prejuicio) personal de cada autor que a algún criterio objetivo, claramente especificado, en último análisis se basan en combinaciones y permutaciones de las características descritas en las páginas 37 y 38. Luego, para saber lo que debemos entender por profesión, es preciso que volvamos al análisis de ellas.

Inmediatamente surgen algunas preguntas. ¿Las características mencionadas que componen la definición corresponden a una simple enumeración de elementos independientes entre sí, y de la misma importancia? ¿O algunas son necesarias y suficientes para dar el carácter de profesión a una actividad (requisito indispensable de una definición correcta), y las otras son consecuencias de ellas, factores que simplemente contribuyen o acompañan a la profesionalización? ¿Las características enumeradas constituyen una descripción de las profesiones tal como ellas *son* (vale decir, la descripción de una realidad que se conoce por medio de la observación y las investigaciones empíricas), o representan un cuadro de lo que las profesiones pretenden ser o aspiran a ser? ¿Permiten ellas distinguir claramente entre las profesiones y las ocupaciones que no lo son?

La Doctrina de las Profesiones

Para contestar a las interrogantes planteadas, ordenaremos las características de las profesiones de tal modo que su secuencia revele la estructura lógica que las vincula entre sí. Para este efecto construiremos un silogismo con ellas, agrupándolas en premisa mayor, premisas menores y conclusiones⁷.

⁵Véase Capítulo 3, nota N° 2.

⁶Todas estas denominaciones sirven apenas para disfrazar la vaguedad de los conceptos, y hacen recordar lo que señaló Bertrand Russell sobre la creencia atavística en la magia de las palabras: se supone que por el mero hecho de ponerle nombre a un problema automáticamente se comprenderá su naturaleza.

⁷Uno de los ejemplos más conocidos y sucintos de un silogismo es el siguiente: todos los hombres son mortales (premisa mayor); Pedro es hombre (premisa menor); luego, Pedro es mortal (conclusión). De esta conclusión luego se puede sacar corolarios, vale decir, deducciones de lo que se acaba de demostrar (por ejemplo, ya que Pedro es mortal, conviene que contrate un seguro de vida). Para que las conclusiones y los corolarios sean válidos, las premisas mayores y menores deben ser demostrablemente correctas.

Premisa mayor

Si bien todas las ocupaciones afectan de alguna manera el bienestar de la gente, a algunas de ellas les corresponde una situación especial en la sociedad. Hay tres razones principales para ello: a) son ocupaciones que producen un impacto tan directo y profundo sobre la vida y los intereses más esenciales de las personas y sobre la marcha eficiente de la comunidad, que es necesario que estén regidas por reglamentos especiales; b) su desempeño envuelve la aplicación de conocimientos de tal nivel de complejidad que el dominio de ellos requiere capacidad y rigor intelectuales muy superiores a lo común; y c) entre los que practican estas ocupaciones y sus clientes se generan relaciones de una naturaleza especial y muy delicada, las que fácilmente podrían prestarse para abusos. Para evitarlos, es preciso que los miembros de estas ocupaciones posean una vocación de servicio excepcionalmente acendrada, la que garantizará que antepondrán los intereses de sus clientes a sus propios intereses económicos, sociales, o a cualquiera otra consideración. Este compromiso los distingue de los que se dedican a otras actividades remuneradas, en las que la motivación principal generalmente radica en el interés propio y el lucro.

Las ocupaciones que exhiben esta combinación de características reciben el nombre de profesión.

Premisas menores

1) Son exclusivamente los miembros de las profesiones los que logran adquirir la capacidad de desempeñar con eficiencia el tipo de tareas arriba descritas. Lo hacen en virtud de un largo período de preparación, basada en un conjunto sistemático de conocimientos especializados, de firme fundamentación teórica.

2) Durante este mismo período de preparación, se les inculcan normas de ética (reunidas en códigos especiales) las que, junto con su espíritu de servicio garantizan que el profesional desempeñará sus actividades con la responsabilidad moral y abnegación que exige la naturaleza de los servicios que ofrece.

De estas premisas se puede deducir una amplia gama de conclusiones. Tres de ellas dicen relación directa con las condiciones que son necesarias para que las profesiones puedan cumplir adecuadamente con su misión.

Conclusiones

1) Dado que los únicos que combinan simultáneamente los conocimientos profesionales y el espíritu de servicio son los miembros de las distintas profesiones, es indispensable que gocen de autonomía en la ejecución de su cometido. La profesión, representada por su colegio o asociaciones, debe tener el derecho a gobernarse de acuerdo a sus propias reglas, a determinar su esfera de competencia exclusiva para

ofrecer servicios, que el profesional pueda libremente definir cuáles son los verdaderos intereses de su cliente y la mejor forma de satisfacerlos, etc. Se supone que cualquier interferencia de parte de entidades extrañas en las actividades de la profesión necesariamente menoscabaría la capacidad de ella de servir a la comunidad en forma eficiente y abnegada.

2) Dada la naturaleza muy especial de los conocimientos profesionales y el alto sentido de responsabilidad que se requiere para aplicarlos, la selección y admisión de los postulantes para ingresar a las profesiones (vale decir, la evaluación de su capacidad e idoneidad), su preparación y su certificación deben ser funciones privativas y autónomas de la misma profesión, sin interferencias externas. Por la misma combinación de razones, únicamente aquellas personas que hayan pasado por dicho proceso de preparación (ofrecido en instituciones de enseñanza superior, generalmente universitarias), cumpliendo con todos y cada uno de los requisitos autónomamente establecidos, podrán ser autorizadas para ejercer la profesión. Vale decir, la aplicación de los conocimientos profesionales (no así su posesión) debe ser reservada para los miembros certificados de la profesión respectiva.

3) Llegar a dominar los conocimientos profesionales, poseer el elevado sentido de responsabilidad que exige la aplicación de ellos, y estar permanentemente motivado por el espíritu de servicio, incluso cuando ello implique ir en desmedro de los intereses propios, requiere una combinación de cualidades intelectuales y morales que sólo una minoría muy reducida posee en cualquier sociedad. Es de interés general, por lo tanto, asegurar que los que se dedican a las actividades profesionales se recluten de esta minoría sobresaliente. Pero prepararse para una profesión y ejercerla impone muchos e ingentes sacrificios. Luego, para motivar a la gente idónea a enfrentar estas exigencias y abrazar una carrera profesional, es necesario ofrecer incentivos sustanciales, tanto económicos como de status social. Sin ellos, los miembros de la minoría arriba aludida probablemente preferirán ganarse la vida en ocupaciones menos sacrificadas.

Esta es la estructura lógica que vincula entre sí las diversas características que, según el enfoque tradicional, definen una profesión. Si la examinamos con atención, podemos advertir un hecho de gran importancia.

No se trata simplemente de una definición, es decir, el enunciado de los elementos que describen lo que una profesión es. Se trata de un argumento, de una *doctrina*, en qué tácitamente se plantea: a) un conjunto de prerrogativas especiales que las profesiones reclaman para sí y, b) una justificación de dichas exigencias, basada en el argumento del bien común. Esta doctrina orienta todo el quehacer de las profesiones y moldea las relaciones de ellas con el Estado y la sociedad entera.

Las prerrogativas que se exigen están representadas por los tres corolarios. Gracias a la autonomía, las profesiones se aseguran dentro

de la sociedad una posición de poder e independencia muy superior a la de otras ocupaciones. Por medio de restricciones legales, impiden que otros individuos o grupos ocupacionales puedan competir con miembros de la profesión en la oferta de determinados servicios, a veces so pena de severas sanciones. Finalmente, imponen ciertos derechos y condiciones especiales para sus miembros frente a sus empleadores, trátase de clientes individuales o de empresas.

Estas prerrogativas se justifican por constituir las conclusiones lógicas, necesarias y socialmente beneficiosas de las premisas iniciales. Por consiguiente, *la validez de la doctrina depende de la validez de las premisas*. Es preciso, por lo tanto, examinarlas con cierta detención.

CAPITULO 5: ANALISIS DE LAS PREMISAS

I. ESPIRITU DE SERVICIO Y CODIGOS DE ETICA

La importancia central de esta premisa reside en que sólo ella permite asegurar que las prerrogativas de que gozan las profesiones sean usadas en beneficio de la población. Sin la vocación de servicio y normas éticas rigurosamente impuestas, tales prerrogativas podrían prestarse para una verdadera explotación embozada de la comunidad y de los clientes individuales. A continuación someteremos esta premisa a un riguroso examen crítico para saber hasta qué punto los supuestos en que ella se basa se cumplen en la práctica.

Una palabra de precaución. La naturaleza del examen que estamos por emprender nos obliga a centrarnos en los aspectos dudosos, problemáticos del asunto. Todos conocemos perfectamente la importante contribución de las profesiones al bienestar de la sociedad. Sin los conocimientos y la dedicación al bien común que exhiben permanentemente sus miembros, la calidad de la vida de todos los pueblos sufriría un enorme deterioro. No son, por lo tanto, sus cualidades positivas las que se deben examinar ya que se reconocen sin discusión; en cambio, nos ocuparemos de sus aspectos problemáticos. Es preciso que nos acordemos de lo que se recalcó en el capítulo "La Elite del Conocimiento": la nefasta combinación de la racionalidad técnica con la irracionalidad social que caracteriza al mundo contemporáneo. Las profesiones, representantes por excelencia de la racionalidad y agentes principales de su aplicación al quehacer social, están situadas en el corazón mismo de este problema. Luego, un examen a fondo de la doctrina que orienta su acción, sin duda, podrá arrojar luz sobre este desquiciamiento de nuestras sociedades —y señala de paso, nuevas alternativas para el desenvolvimiento futuro de las profesiones.

Motivación

Los conocimientos del profesional son, por su esencia, altamente especializados. Su cliente, en la mayoría de los casos, no los posee. A menudo ni siquiera sería capaz de entenderlos. Debido a este hecho, se crea una relación de dependencia entre el profesional y la persona que recurre a sus servicios. Esta dependencia entraña el peligro potencial de abuso.

Una de las barreras principales para que esta potencialidad no se